

CAPÍTULO IV.

UN POCO DE PAJA.

XXV.

Una imaginacion de hombre amorosamente encendida por un ojo de mujer, es *cosa* que dificilmente se apaga.

El corazon es un combustible peligroso, y encendido así, arde, se inflama, se consume sin remedio.

No lo apagan mas que *ellas*, que son poseedoras del secreto de matar el fuego con el fuego.

Es evidente que solo las muchachas tienen en su mano el poder suficiente para lanzar un rayo con un ojo y curar la quemadura con un beso.

¡Esto es sublime á fe!.....

Vais por la calle henchidos de números, de cálculos y de prosa, combinando maravillosamente los elementos mas reales y positivos de la vida, computando el valor de las cosas y pretendiendo penetrar el de los hombres.

Vuestro cráneo se incendia de proyectos.

Ocultais el corazon debajo de una aritmética. No sois hombres, sois *negocios* ambulantes.

La luz y el calor de un oro presunto os tuesta el frontal, el occiput y los parietales.

No llevais sobre vuestros hombros una cabeza, sino una cartera redundante de operaciones raras.

Vais á ver á un ministro, á un banquero, á una entidad cualquiera, de esas que poseen, aglomerado en pocas frases, todo el *negocio*.

Vuestros papeles llevan un sello muy parecido al de vuestra frente.

No correis tan afanados en pos del adorable y lacónico *sé* de una jóven que no os ve y que tiembla, sino que volais tras ese *todo* que os escribe un viejo especulador al márgen de una carta, dejando caer por la punta de su pluma, negra y trémula, la palabra *dése*.

El *dése* del viejo frio, os pone instantáneamente al tanto de lo que es la vida; y su pluma, al frotar el papel, grazna fatídica como el gozne de la misteriosa puerta del placer que se os acaba de entreabrir.

El *dése* de un viejo es el *fiat lux* de vuestras ilusiones. Es el proveido del destino, al márgen de ese continuo ocursó que se llama vida.

¡Erguíos! ¡sed grandes!.....

Un papel con un *garabato*, os ha devuelto á la dignidad, al decoro.

Los tres dedos desecados y amarillos de una mómia, os tomaron de barro. Una boca os sopló un aliento impregnado de polvos de oro, murmurando un *páguese*, y he aquí que entre sus manos fuisteis el hombre de la creacion, el rey del mundo, el sublime Adan del siglo XIX.....

Todas vuestras lucubraciones, todos vuestros proyectos, to-

33053

dos vuestros asombrosos cálculos; ese prodigioso número de combinaciones, de ideas exactas, de apreciaciones, &c., se aglomera repentinamente en vuestras manos; va sufriendo una inexplicable metamorfosis.....

Papeles, objetos, artículos..... ¡todo prosa, todo físico, todo realidad, hasta que llega un momento en que aquella extraña suma de la fuerza moral de cohesión de *todas vuestras cosas*, llega á su punto culminante, y *todas vuestras cosas* adquieren su grado mas duro y compacto; llegan á su *ultima ratio*, se os condensan, se os pulen, y caen rodando hasta vuestra caja ó á vuestro bolsillo, sonoros, brillantes, preciosos!.....

Ya sois alquimistas. La última expresión de todos vuestros mundos es *el dinero*.

El último concepto determinante se os funde en *oro!*.....

¡Andad, corazones de hornillo y cabezas de retorta!.....

La poesía es el humo de la operación, que se escapa y sube al cielo!.....

XXVI.

¡Cuánto soñais á los quince años!

Dios mismo toma de la paleta gigante del firmamento las tintas mas bellas y mágicas para pintaros el porvenir como un paraíso!

El mundo!..... ¡cuán bello!.....

La sociedad!..... ¡cuán agradable!.....

Las mujeres!..... ¡seductoras!..... ¡irresistibles!.....

Llega un momento en que estallan á un tiempo las mil orquestas de vuestra imaginación; un momento llega en el que se abren á un tiempo todas las flores de la felicidad, en que á un tiempo se clavan en vuestros ojos todas las miradas húmedas y voluptuosas del placer.

Las nubes del cielo bajan á vuestra vista, aglomerándose en grupos de rosadas sílfides.

El honor, el brillo, la virtud misma, parecen precipitarse del Eden para ofreceros todos sus tesoros.....

Cada flor que se abre en el mundo, es una boca de púrpura que os sonrío de amor.

Cada estrella que brilla en el cielo, es una mirada de ternura.

El vestido blanco de una muchacha que pasa sin veros..... el honor de cinta y oro que veis brillar sobre el pecho del *primer hijo de vecino*..... la carretela que arrastra por las calles á un desconocido que ya tal vez no se ocupa de su carretela, todo os dice:

—¡Ven!

Llega á ser el deseo, vertiginoso é irresistible.

Entreveis un *mas allá* y necesitáis alcanzarlo á toda costa, mediante cualesquiera medios.

¡Ya no es posible reprimirse!

¡A volar sin alas!.....

¿Quién dijo abismos?..... ¡Adelante!.....

Y os lanzais.....

Pero en ese momento sentís que una mano de acero os oprime el cuello deteniéndoos.....

—¡Ni un paso mas..... atrás!.....

—¡Oh! El porvenir..... la gloria..... el placer..... el amor!.....

—Espera, desgraciado, espera!..... ¡Haz oro!.....

Y aquel feston de encantos immaculados, y aquellas cruces, y aquellas flores, y aquellos verjeles de ilusión..... todo, todo se evapora!

Estais inmóviles. Habeis soñado.

Las muchachas os vuelven la espalda, brindando sonrisas de perlas y coral á un obrero mas adelantado, y se os pier-

den en el festin de la vida, arrebatadas por los brazos de otros hombres que ya supieron incluirlo todo, hasta el amor, en la *partida doble* de ese bazar agigantado de hombres y cosas que hace mucho tiempo *abrió* la sociedad.

A esto, sin embargo, en la jerga del mundo, se llama «constituirse,» «establecerse.»

CAPÍTULO V.

UNA ROSA Y UN HARAPO.

XXVII.

Antonio vió al otro día, claramente, que aquella muchacha podía convenirle «por mil títulos.»

Pero podía también suceder que él no le conviniera á aquella muchacha, «por ningún título.»

Ella era un ángel.....

Pero Antonio recordó que hasta el cielo suele verse muy bello al través de nubes de oro.

Y por otra parte, no había dejado de pensar lo suficiente en todo lo que nosotros, en las anteriores líneas, acabamos de consignar.

Pensar esto es *quedarse pensando*, y así quedó Antonio.

Las teorías, por verdaderas que sean, jamás han tenido valor alguno en los mercados.

¡*Por poco* sucumbe de hambre Juan Jacobo Rousseau!

Nuestro hombre había tenido que retirarse, temiendo *ser visto*.